

RESEÑAS

Rouquié, Alain. **El Estado militar en América Latina**. México, Siglo XXI, 1984, 433 pp.

Para Maximiliano Hernández Martínez, "General brujo" gobernante de El Salvador durante 13 años, y autor de la masacre de 30 mil campesinos en 1932, era más criminal matar a una hormiga que a un hombre, porque sólo éste —en su muy peculiar visión teosófica— tenía la posibilidad de reencarnarse.

Al margen de esta muestra, tomada de la bien nutrida botonadura de la teratología política latinoamericana —en ocasiones más insólita que las ficciones carpenterianas o valleinclanescas— hoy más que nunca resulta necesario el estudio desapasionado y profundo del militarismo en nuestro continente.

En efecto, si echamos una ojeada al mapa político, encontraremos que actualmente persisten dos solitarias naciones con gobiernos militares en América Latina, frente a la situación de la década pasada, cuando se observaba, hacia 1979, el fenómeno exactamente inverso, esto es, una mayoría de Estados sometidos al poder marcial frente a tres o cuatro regímenes que podían recibir el calificativo de civiles. Ahora bien, la historia nos muestra altibajos semejantes: si en 1954, doce de las 20 repúblicas eran gobernadas *manu militari*, a mediados de 1961 sólo quedaba una: el Paraguay de Stroessner.

Al hablar de militarismo, las preguntas que surgen son muchas: ¿Cuáles son las razones estructurales de estos sempiternos flujos y reflujos? ¿Podemos ubicar en la misma acera a dictaduras modernizantes y con un alto grado de participación castrense *institucional* (como la que gobernó a Brasil entre 1964 y 1984) y a las cleptocracias casi sicilianas de Somoza o Trujillo? O bien: ¿Hasta qué grado la influencia externa es determinante para la presencia marcial en el poder latinoamericano? ¿Existe relación causal entre la dependencia económica y las deformaciones inherentes al subdesarrollo, por un lado, y el autoritarismo por el otro? ¿Es la milicia en nuestra América una clase en sí y para sí, o representa siempre y ante todo a los intereses de burguesías y oligarquías? De ser la realidad así: ¿Cómo explicar los proyectos reformistas enarbolados por Torrijos en Panamá, Velasco Alvarado en Perú o Juan José Torres en Bolivia, por ejemplo?

Esas cuestiones y muchas otras más (como la polémica acerca de la utilización del término "fascismo dependiente") han sido materia cotidiana en el debate intelectual

latinoamericano, sobre todo a partir de los años setenta. Excelente, regular o francamente mediocre, la bibliografía en este rubro ha privilegiado mayoritariamente la clasificación de los regímenes militares de la zona en las tipologías de la Ciencia Política. Igualmente, se preocupa de estudiar el fenómeno con referencia a nuevas modalidades de acumulación capitalista; modificaciones en la División Internacional del Trabajo; y relaciones entre la instauración de gobiernos *de facto* y auge de ideologías hemisféricas de Guerra Fría. Otras veces, en fin, dicha bibliografía no logra traspasar el terreno de lo anecdótico.

Así las cosas, el libro de Alain Rouquié constituye una contribución valiosa. Dotado de un buen manejo de la historia, de una cultura impresionante que se acerca al límite entre la erudición y la diletancia, y de la visión práctica que le otorgan largas estadías en América del Sur, el autor intenta y logra, desde la perspectiva de la política comparada, "una interpretación realista y empírica del poder militar en toda su diversidad" o, en otras palabras, un estudio de la historia, formación y proyecciones de los estamentos castrenses latinoamericanos.

Rechazando de entrada que la recurrencia morbosa al militarismo en la zona tenga algo que ver con nuestra idiosincrasia —mito éste bastante difundido entre intelectuales de otras latitudes— Rouquié parte de una interpretación histórica de la sociedad en América Latina. Para ello retoma aspectos tales como los orígenes de la concentración de la tierra en pocas manos y el carácter arcaico de las estructuras de dominación (cacicazgos, compadrazgos, clientelismos, etc.), todo esto ejercido en medio de un desmesurado aunque casi invertejadamente formal apego a las instituciones representativas de la democracia occidental, y un cuestionamiento obsesivo del Estado dirigista al que suelen atacar, de manera paradójica, los grupos más beneficiados por su política.

En capítulos posteriores, Rouquié nos recuerda la historia de los ejércitos latinoamericanos, que arranca desde el Siglo XIX con las guerras de Independencia, y nos introduce a las pugnas primigenias entre civiles y militares en torno a la creación del Estado, así como a su modernización. También explica la influencia de los modelos castrenses de Prusia y Francia al interior de los ejércitos de la zona, pero desestima la importancia exa-

gerada que a su juicio han otorgado a este hecho otros estudiosos del tema; semejante posición sostiene frente al caso más reciente del "pentagonismo" estadounidense, ya que "los ejércitos, factores internos que poseen intereses corporativos específicos, responden ante todo a la dinámica social, en la cual la dependencia exterior es un elemento condicionante, pero no explicativo".

La segunda parte de la obra está enfocada al análisis de casos concretos, a los que agrupa según las similitudes que guardan entre sí. No es sorprendente, entonces, que el capítulo sexto relate la organización y trayectoria de cuatro joyas del pretorianismo arqueopolítico: los Somoza en Nicaragua, el "Generalísimo" Trujillo en la República Dominicana, Fulgencio Batista en Cuba, y el Paraguay stroessneriano que bien parece la refutación de toda dialéctica, desde Heráclito hasta Marx.

Más allá de tales sultanatos, Rouquié aborda las particularidades de aquellos Estados en los que se observa una preeminencia del poder civil desde hace un largo tiempo. Interesante es adentrarse en los rasgos de naciones que como Costa Rica, Colombia, Venezuela y México, han logrado enfrentar con éxito ese difícil reto, sea porque disolvieron el ejército; porque sus principales partidos políticos han logrado acuerdos que impiden tocar las puertas de los cuarteles para dirimir diferencias; porque han aprovechado los recursos obtenidos gracias a la exportación de ciertas materias primas para crear paz social, o porque han incorporado a los militares dentro del sistema político establecido.

Más adelante se abordan situaciones en las que el ejército intervino en la vida política de los países después de larguísimas etapas de respeto a las instituciones. Esto transformaría al Uruguay y a Chile, a partir de 1973, en "Estados guarniciones", poco antes ejemplos de estabilidad política y democracia efectiva.

Caso distinto configuran Argentina y Brasil, para los cuales la hegemonía militar no es un hecho nuevo en absoluto; antes bien, dice Rouquié, la primera vive un golpe de Estado permanente, en tanto que en el segundo el ejército está presente en todos los renglones de la vida nacional, por lo menos desde 1889.

Más distintas y sorprendentes aún son las reformas introducidas desde el Estado Mayor del ejército, es decir, la llegada al poder de sectores progresistas de las fuerzas armadas que favorecen cambios estructurales tanto en las relaciones de poder internas como en materia de política exterior; cabe añadir que estos gobiernos se hacen posibles en buena medida por la existencia de condiciones internacionales relativamente favorables, entre las cuales destaca el clima de distensión prevalente entre Estados Unidos y la URSS a fines de los sesenta y principios de los setenta, lapso en el que nombres como Torrijos, Velasco Alvarado, Rodríguez Lara y Torres brillan intensamente en la escena regional.

Como ya se habrá intuido, el libro de Rouquié es amplio en datos, en tiempo, en espacio y en perspectiva. Guarda en sí, desde luego, puntos debatibles que no

obstan para brindar a esta obra, *El Estado militar en América Latina*, el calificativo que se merece: excelente.

José Luis León M.